

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 1. EL AMOR CONYUGAL, UN CAMINO DE ESPERANZA

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA PALABRA Y LA IMAGEN	2
3) EL PÓRTICO DEL MISTERIO DE LA SEGUNDA VIRTUD	3
4) LA ESPERANZA CONYUGAL	4
5) CONCRETANDO	6
6) PRÁCTICA FAMILIAR	6
7) PARA PROFUNDIZAR.....	6

1) *Introducción*

Bajo el título general *Cultivar la virtud de la esperanza* queremos profundizar a lo largo de este nuevo curso en la estrecha relación del matrimonio y la familia con esta virtud teológica. La elección del tema ha sido sugerida por el P. José Granados, con su intervención en la última “Discipulada” con el título *Tras las olas, ¿qué esperar? La audacia de anteponer a Dios*.

Al inicio de su intervención, se apuntaba a que la pandemia ha generado una parálisis en el decurso ordinario de nuestra vida. El término “parálisis” encuentra su origen en el griego, compuesto del prefijo παρά (a lo largo de, al lado de, al margen de) y del verbo λύσις (liberación, disolución, descomposición). Según el diccionario de la RAE, en medicina el término designa una privación o disminución del movimiento de una o varias partes del cuerpo, y en general una detención de cualquier actividad, funcionamiento o proceso. En latín se describe con el yuxtapuesto técnico *debilitas membrorum* (debilidad de los miembros). El coronavirus ha paralizado a una entera sociedad que ha visto cómo la vida social ha sido trastocada de arriba abajo en muy poco tiempo.

Esta parálisis social ha provocado que el tiempo de confinamiento nos haya acostumbrado a una espera pasiva, en la que nosotros dejamos de ser protagonistas de nuestra vida, y a través de las reglas y las normas, nos habituamos a vivir en función de lo que marcan unos acontecimientos que no podemos controlar.

Por estas y quizás otra razones, la pregunta por la esperanza se ha tornado más urgente y más necesaria que en otras épocas. El futuro es hoy día más impredecible que antes, pues ha crecido la inseguridad, la capacidad de hacer proyectos, ante la incertidumbre de poder llevarlos a cabo. El temor o el miedo para afrontar el futuro, provoca que nos resulte más difícil y, a veces, imposible



inaugurar un porvenir. Esta secuencia, miedo-incertidumbre-cansancio amenazan el crecimiento de la virtud de la esperanza.

San Juan Pablo II, en la conclusión de la exhortación apostólica post-sinodal *Familiaris consortio*, exclamaba que “¡el futuro de la humanidad pasa por la familia!” (FC n. 86). Se van a cumplir 40 años de la publicación de esta exhortación apostólica post-sinodal, y en ella el Papa de la familia nos dejaba una consigna concreta y exigente: amar la familia. De modo práctico explicaba del siguiente modo lo que esto quiere decir:

“Amar a la familia significa saber estimar sus valores y posibilidades, promoviéndolos siempre. Amar a la familia significa individuar los peligros y males que la amenazan, para poder superarlos. Amar a la familia significa esforzarse por crear un ambiente que favorezca su desarrollo. Finalmente, una forma eminente de amor es dar a la familia cristiana de hoy, con frecuencia tentada por el desánimo y angustiada por las dificultades crecientes, razones de confianza en sí misma, en las propias riquezas de naturaleza y gracia, en la misión que Dios le ha confiado: «Es necesario que las familias de nuestro tiempo vuelvan a remontarse más alto. Es necesario que sigan a Cristo»” (FC n. 86).

2) La Palabra y la imagen

Escuchemos ahora juntos la Palabra de Dios:

“Cuando Dios hizo la promesa a Abrahán, no teniendo a nadie mayor por quien jurar, juró por sí mismo, diciendo: *Te llenaré de bendiciones y te multiplicaré abundantemente*; y así, perseverando, alcanzó lo prometido. Los hombres juran por alguien mayor, y, con la garantía del juramento, queda zanjada toda discusión. De la misma manera, queriendo Dios demostrar a los beneficiarios de la promesa la inmutabilidad de su designio, se comprometió con juramento, para que por dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios mienta, cobremos ánimos y fuerza los que buscamos refugio en él, aferrándonos a la esperanza que tenemos delante. La cual es para nosotros como ancla del alma, segura y firme, que penetra más allá de la cortina, donde entró, como precursor, por nosotros, Jesús, Sumo Sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec” (Hb 6, 13-18).

Este texto de la carta a los Hebreos nos invita, como hemos escuchado, a “aferrarnos a la esperanza que tenemos delante”. El verbo aferrarse, agarrarse o asirse fuertemente, en cuya etimología se contiene el hierro (*ferrum*), en el ámbito marino indica asegurar la embarcación en el puerto echando los ferros o anclas.

La imagen del ancla está vinculada a la esperanza desde los albores del cristianismo. Como bien sabemos, es frecuente su representación en el espacio de las catacumbas. Se trata de una imagen náutica con la que estaban familiarizados los pueblos del Mediterráneo, por donde se extendió el Evangelio en sus inicios. Eran pueblos habituados a vivir cerca del mar, dedicados en muchas ocasiones a la pesca. Los primeros cristianos transformaron la silueta del ancla para que aludiera a la cruz, como el signo más eminente de la salvación cristiana. Las letras griegas de la palabra ancla (*ankuría*) recordaban en su sonido a la expresión “en el Señor” (*en kurío*) usadas en el libro del Apocalipsis “Dichosos los que mueren en el Señor” (Ap 14,13). En el texto que estamos comentando de la carta a los Hebreos, el ancla

no se encuentra fija, sino en movimiento, penetrando más allá de la cortina, más allá del velo de la muerte, pues Cristo es el Nuevo y definitivo sumo Sacerdote, que vive siempre para interceder a favor nuestro (Cf. Hb 7,25). El movimiento de la esperanza apunta a la vida eterna, al bien de la bienaventuranza, a la visión amorosa transformante de la comunión trinitaria.

3) El pórtico del misterio de la segunda virtud

El filósofo, poeta y ensayista francés, Charles Péguy (1873-1914), escribió en 1911 una obra de madurez titulada *El pórtico del misterio de la segunda virtud*. En el umbral de la primera guerra mundial en la que él mismo encontraría la muerte, este poema emerge como un grito de esperanza. La obra se inicia con el simbolismo del “pórtico”. El pórtico es un espacio preambular sostenido por columnas que ofrece al huésped protección y cobijo. Es un lugar de pasaje, de transición de un estado a otro, un ámbito de espera y de preparación, y, por lo mismo, tiempo de juicio y de decisión.

La genialidad de Péguy en esta obra consiste en realizar lo que podríamos llamar una inversión, para introducirnos con sabiduría en la lógica de la esperanza. La inversión consiste en tratar de ver la esperanza, no desde el lado de los hombres, sino desde el lado de Dios. De este modo, el texto comienza así: “La fe que amo más, dice Dios, es la esperanza”. Podemos decir, por tanto, que no somos nosotros los que esperamos primero en Dios, sino que es Dios el que primero espera en nosotros. De modo análogo a como afirma el Nuevo Testamento que Dios nos ha amado primero y que nuestro amor es siempre respuesta al suyo, así podemos decir que porque Dios espera de nosotros, nosotros podemos esperar en Él. Como afirma González de Cardedal: “La esperanza de Dios en el hombre funda la esperanza del hombre en sí mismo y en Dios. Dios espera en nosotros y nos espera” (*Raíz de la esperanza*, Salamanca, Sígueme, 1995, 525).

Según Péguy, si a Dios la fe no le sorprende, la esperanza sí que le resulta muy sorprendente. A Dios le admira la esperanza, esa pequeña que parece nada. A diferencia de la fe que es una esposa fiel y la caridad que es una Madre, la esperanza es una niña de nada. La esperanza es una virtud teologal y es quizás la más agradable a Dios.

La imagen de las tres virtudes teologales es nítidamente familiar. Para Péguy son tres hermanas. La fe está casada, la caridad es madre, la esperanza es una niña pequeña. De este modo, el lazo entre la filiación, la sponsalidad y la maternidad apunta a la estrecha trabazón de la santa trinidad teologal. El progreso de las mismas es también conjunto. La pequeña esperanza avanza entre sus dos hermanas mayores, que a primera vista parecen las importantes. Sin embargo la esperanza hace caminar a sus hermanas mayores, a pesar de que parece que ella se deja arrastrar como una niña que no tuviera fuerza para caminar.

Péguy establece además una estrecha conexión entre la esperanza y la felicidad: “La esperanza no marcha sola. La esperanza no camina por sí misma. Para esperar, hija mía, hace falta ser feliz de verdad, hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia” (p. 20). San Agustín, en el libro X de las *Confesiones*, afirma: “toda mi esperanza está puesta en tu gran misericordia”. La gran gracia para la virtud de la esperanza radica en experimentar la gran misericordia de Dios. El deseo de felicidad grabado en el corazón del hombre, puede transformarse en



esperanza cuando lo precede y lo abraza el amor misericordioso de Dios, capaz de conducir al hombre a su destino eterno. Como afirma el santo de Hipona en la conclusión de *La Ciudad de Dios*: “allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí la esencia del fin sin fin. Y ¡qué fin más nuestro que arribar al reino que no tendrá fin” (*De Civitate Dei*, 22, 30).

Péguy utiliza dos metáforas del origen, la infancia y el manantial, para referirse a la permanente novedad de la esperanza. La infancia es un punto de referencia privilegiado de la esperanza, pues apunta al futuro, al horizonte de una vida que se va a desplegar. El niño es arquetipo de la esperanza porque ha recibido ya el ser. En este sentido, donde hay infancia hay esperanza, y donde no hay infancia no hay esperanza. Lo pequeño y lo nuevo se ponen en estrecha relación con lo más grande y lo más bello. El sacramento del bautismo, como el más propio de los pequeños y como el que inicia todo el dinamismo de la economía sacramental, es el fundamento y el principio de nuestra esperanza.

Para el poeta francés, los niños son motor de nuestras acciones, pues “todo lo que hacemos lo hacemos por los niños” (p. 33). Es como si ellos nos tomaran de la mano y nos condujeran en el flujo de nuestra actividad. Por otro lado, en su obra *El misterio de los santos inocentes*, escrita en 1912, un año después de *El Pórtico del misterio de la segunda virtud*, Péguy pone de nuevo en boca de Dios: “no hay nada más hermoso que un niño que se duerme rezando sus oraciones”. La oración es esperanza en acto, decía Santo Tomás de Aquino. Rezar con los niños, enseñarles a rezar, a dirigirse al Padre, a Cristo, a la Virgen María, a los santos es fuente de esperanza. Ellos nos recuerdan que nuestra vida no cesa nunca de tener esta índole filial, y que

Finalmente, podemos notar leyendo a Péguy que en la lengua francesa, términos como infancia, inocencia, y confianza (*enfance*, *innocence*, *confiance*) riman con el término esperanza (*espérance*). Para el teólogo contemporáneo K. Rahner, la infancia no es únicamente el preludio de una historia que vendrá, sino algo irrepetible que descansa sobre sí. El niño es un hombre que está al principio, un hombre que comienza. La infancia es un misterio, un comienzo en tensión. El cristianismo sabe bien que todo comienzo es misterioso, pues aunque parezca que lo encierra todo en sí, sin embargo, aun debe comenzar a ser. El ser está marcado por la sobreabundancia.

4) La esperanza conyugal

Benedicto XVI, en la encíclica *Spe Salvi*, se pregunta varias veces: ¿qué podemos esperar? La respuesta a esta cuestión nos ofrece también luz para conocer qué es lo que no podemos esperar. En este sentido, nos advierte que si no podemos esperar más de lo que es efectivamente posible en cada momento, nuestra vida se ve abocada muy pronto a quedar sin esperanza. Inspirándose en Rm 8,24: “En esperanza hemos sido salvados”, lo que todo hombre espera es la salvación.

La teología y espiritualidad contemporánea ha redescubierto la caridad conyugal, vinculada a la gracia específica del sacramento del matrimonio. Según la instrucción pastoral *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad* la gracia de este sacramento define como “una presencia eficaz del amor de Dios que



los capacita para santificarse en el amor mutuo y en la entrega cotidiana en la formación de un hogar” (n. 87).

La caridad conyugal se distingue de la caridad virginal de la caridad pastoral, que unifican respectivamente la vida de los consagrados y de los sacerdotes. En analogía con esta caridad conyugal, podemos preguntarnos por el significado de lo que podríamos denominar “esperanza conyugal”. Sabemos que las virtudes son siempre personales, pues son disposiciones hacia acciones excelentes cuyo sujeto es siempre la persona que actúa. En tal sentido, no cabe hablar de virtudes comunes a diferentes personas.

Pero sin embargo, por otro lado, dado que nuestras acciones son relacionales, parece claro que el contexto de la comunión es el adecuado para hablar de las virtudes cristianas. En este sentido, los cónyuges pueden esperar juntos y de hecho esperan tantos bienes en común. El matrimonio es una personalidad corporativa. El sujeto conyugal que nace del sacramento del matrimonio mira al futuro con la perspectiva del amor eterno, definitivo, del para siempre. Esta permanencia y durabilidad del amor que se apoya en el amor definitivo de Cristo en su misterio pascual es fuente de esperanza para los esposos. Además, podemos decir que esperar juntos no solamente es posible, sino que es la forma más originaria de la esperanza. Según San Buenaventura, el corazón de la esperanza teologal, lo que la constituye como virtud, es el apoyo en la generosidad divina, la confianza que se deposita en Dios.

El amor conyugal es un camino de esperanza, pues los cónyuges siempre esperan amarse y donarse más. Ambos pueden poner su confianza en Dios, de quien reciben constantemente la fuerza para su mutua entrega.

La exhortación *Amoris Laetitia* recuerda, siguiendo a Santo Tomás de Aquino, que después del amor que nos une a Dios, el amor conyugal es la “máxima amistad” (AL n.123). La unión conyugal posee todas las características de una buena amistad: búsqueda del bien del otro, reciprocidad, intimidad, ternura, estabilidad, y una semejanza entre los amigos que se va construyendo con la vida compartida. Pero el matrimonio añade a todo ello una exclusividad indisoluble que permite construir juntos toda la vida en un proyecto estable.

La consideración de Dios como amigo tiene una gran importancia en la tradición cristiana. Este amor de Dios hacia el hombre funda la esperanza de alcanzar la comunión con Dios. Santo Tomás de Aquino, en el tratado de la esperanza de la Suma Teológica afirma que de los amigos siempre esperamos lo mejor, lo máximo: “*De amicis maxime speramus*” (Santo Tomás de Aquino, *Summa*, II-II, q. 17, a. 8). La esperanza como movimiento intencional hacia Dios que nos ofrece su amistad para que logremos alcanzar la bienaventuranza eterna, encuentra en la amistad conyugal una singular vía para crecer en esta virtud. Si de Dios como amigo podemos esperar siempre lo mejor, de modo semejante los cónyuges pueden esperar del otro lo mejor apoyándose en Dios. La fuerza de la amistad conyugal para el dinamismo de la esperanza es claro: “Lo que no podemos por nosotros mismos, en cierto modo lo podemos por los amigos”.

La fórmula de la esperanza conyugal podríamos encontrarla en el filósofo Gabriel Marcel: “Yo espero en ti para nosotros” (*Homo viator*, 72). Para este filósofo francés, esta expresión es quizás la más adecuada y elaborada del acto de esperar.



Y es que la existencia humana se realiza siempre como co-existencia. Poco antes nos advierte que la expresión “esperar en” se reduce fácilmente como por una pendiente deslizante en “esperar de”, “dar por descontado”, “contar con”, “pretender” y “reivindicar”. Con esta fórmula se pone de relieve que las dimensiones personal y comunitaria de la esperanza están indisolublemente unidas.

En la raíz de la esperanza hay algo que nos es literalmente ofrecido. La esperanza llena de sentido la vida de quien se abre a ella y en esa medida impulsa a actuar en una dirección diferente a la de la fuerza y el dominio. Se trata de una fuente de vida que procede de nuestra vinculación con el Misterio de Dios. Si el que desespera vive el tiempo como algo cerrado, clausurado, el que espera dilata las fronteras del tiempo en el horizonte de la eternidad. La esperanza nos remite a un futuro que da sentido, aunque todavía no coincidamos con él, e incluso no vayamos a coincidir nunca. En tal sentido, la esperanza es una forma de reconciliación con el futuro.

5) Concretando

1. Comenta en qué modos concretos la pandemia ha generado una espera pasiva.
2. ¿Por qué piensas que Péguy usa una metáfora familiar para acercarse al misterio de la virtud de la esperanza?
3. ¿Qué se entiende por esperanza conyugal? ¿Cómo la vivimos?
4. ¿Cómo cultivar la amistad conyugal como motor de crecimiento de la esperanza?

6) Práctica familiar

Como práctica de este trimestre os proponemos ofrecerse como familia (al consiliario o a los presidentes o al jefe de equipo) para colaborar en alguna actividad de FdB.

7) Para profundizar

CH. PÉGUY, *El misterio del pórtico de la segunda virtud*, Encuentro, Madrid 1991.

O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, Salamanca, Sígueme, 1995.

J. GRANADOS-J. NORIEGA, *La esperanza: ancla y estrella*, Monte Carmelo, Burgos 2008-